



























colándose por su garganta y venciendo la resistencia de los músculos de su faringe.

Después comió una tostada con manteca y bebió jugo de naranja, y con el sabor de los frutos de mar impregnados aún en su boca comió otra tostada con dulce de ciruela, mientras bebía su taza de café, apenas cortado con una nube de leche. Lamentablemente, ya estaba tibio. Hubiese preferido beber el café bien caliente, pero no lo comentó con Rita para que ella no imaginase que la censuraba por el cambio de rutina que había provocado con su propuesta de comer mariscos en el desayuno, que —bien convencido estaba ahora de eso— no había sido una idea mala, sino todo lo contrario: había sido una idea excelente.